

Jaime Rubio Ángulo, una remembranza*

*Leonardo Tovar González, scf. Profesor de la MFL
desde 1989, Universidad Santo Tomás*

*...tanto la hermenéutica como la crítica son
los pilares sobre los cuales se ha construido el filosofar
latinoamericano contemporáneo.*

J. R. A., 1980

Creo recordar que ese episodio sucedió en la Universidad Nacional, con motivo de una conferencia suya sobre estética, tal vez en el marco de un coloquio de la “Sociedad Colombiana de Filosofía”. Jaime Rubio falleció en 2005, así que debió ser en esos años iniciales del siglo XXI, pero no preciso cuándo. Olvidé por completo el contenido de su disertación, pero sí recuerdo con exactitud el comentario que me confió *sotto voce*, imagino que a propósito de alguna impertinente pregunta mía sobre su exposición. Palabras más, palabras menos, el profesor Rubio opinaba que una ponencia filosófica debía escucharse a la manera de un concierto musical, en que el público sigue con atención la ejecución del intérprete, pero no pretende al final resolver interrogantes sobre qué quiso decir con cada nota ni menos llamar la atención sobre notas falsas o nuevas posibilidades musicales.

Por la factura de su escritura, la agudeza de sus análisis y la profundidad de sus tesis, sin duda los textos de Jaime Rubio respondían a esta concepción estética del mismo ejercicio filosófico, en que la intervención del auditorio debe limitarse a aplaudir

* Intervención en el inicio del Coloquio de Estudiantes de la Maestría en Filosofía Latinoamericana de la Universidad Santo Tomás, el jueves 18 de junio del 2015.

en reconocimiento del brillo de la interpretación. Desafortunadamente no será el caso para los estudiantes ponentes que inauguran este coloquio de investigación de la maestría en Filosofía Latinoamericana diseñado en su honor, así que no duden que los fulminaremos con nuestros cuestionamientos, como nosotros menos dudamos en que ustedes saldrán victoriosos (y victoriosas) de nuestros impertinentes cuestionamientos.

A una década de su prematuro deceso, la motivación para unir el nombre de Jaime Rubio Angulo a este nuevo escenario académico e investigativo de nuestra maestría, *prima facie* posee un sentido simbólico, en el marco de la celebración de los cincuenta años de la restauración de los estudios filosóficos y humanísticos en la Universidad Santo Tomás, como sabemos escuela colombiana por excelencia de los estudios filosóficos latinoamericanistas. Egresado de las primeras generaciones de filósofos de la recién restaurada Facultad de Filosofía y Humanismo de la USTA, podemos recordar a Jaime Rubio como el estudiante y el maestro que los antecedió a ustedes y nos anticipó a nosotros, en el interés por el devenir filosófico latinoamericano.

Asignarle su nombre al Coloquio, entonces, posee un valor eminentemente simbólico, pero esto por sí solo posee un hondo significado, en la medida que concebamos que el trabajo filosófico se desenvuelve dentro de comunidades de saber y de vida, en que los integrantes de cada generación compartimos afinidades y filiaciones espirituales con nuestros maestros directos e indirectos, sin perjuicio de nuestras particularidades y del pluralismo. Así como en la historia de la filosofía mal llamada universal evocamos el tránsito de Sócrates a Platón, o de Kant a Fichte, o de Husserl a Heidegger, o de Moore a Wittgenstein, en el circuito del pensamiento filosófico latinoamericano y colombiano, podemos reparar en el paso de Korn a Romero, de Carrillo a Hoyos, de Hoyos a Mejía Quintana, por arriesgar algunos ejemplos. Y a escala de nuestra comunidad filosófica tomasina, podríamos sugerir análogo filiaciones espirituales entre Zabalza y Cardona alrededor del tomismo, o entre Marquín y Cepeda sobre la metafísica, incluso con el refuerzo de la sangre, entre Niño y Niño sobre la enseñanza filosófica. Alrededor de la hermenéutica filosófica, que en su versión ricoeriana fue él quien la introdujo en Colombia, la herencia de Rubio la ha continuado, desde luego con su propia apropiación (v.l.r.), más gadameriana, el profesor Ángel María Sopó.

Si mal no recuerdo, “Introducción al filosofar”, “Antropología”, “Epistemología” y “Hermenéutica” fueron los cursos que seguí con Rubio en la licenciatura, por allá en

el tránsito de los setenta a los ochenta de la pasada centuria, con toma de la Embajada Dominicana de fondo. A diferencia de mis propios cursos que suelen pecar por extensionales, los suyos eran mucho más concentrados e “intensionales”, por lo que presumo que aprendí yo más en ellos que lo que pueden aprender mis propios estudiantes conmigo. En la ultranotoria colección “Flecha roja” del antiguo “Centro de Enseñanza Desescolarizada”, Rubio publicó los textos de “Introducción Filosófica” y de “Antropología”, ambos bajo la impronta de la simbólica del mal de la hermenéutica de la cultura de Paul Ricoeur.

Allí, esto es, en el curso y en el libro de antropología, aprendí con Rubio que Ricoeur nos enseñó que “el símbolo da qué pensar”, por lo que nos corresponde ahora desentrañar el símbolo envuelto en la postulación de su nombre para nuestro coloquio, iniciativa de un servidor que respaldó con entusiasmo nuestra gentil directora de la maestría. Con tal fin, voy a traer al presente dos textos de Rubio de aquellos setenta ochenta relacionados directamente con la filosofía latinoamericana, que a mi parecer pueden brindarnos luces para el trabajo que varias décadas después realizamos nosotros, profesores y estudiantes, en continuidad de la misión que él y otros maestros iniciaron entonces.

Valiéndome de una tipología kantiana esbozada por él mismo, hablaré de una arquitectónica y de una histórica de la razón latinoamericana, expuestas por Rubio respectivamente en la conferencia inaugural que dictó en 1980 en la apertura del “I Congreso Internacional de Filosofía Latinoamericana” y en el primer capítulo de su texto, también de la colección “Flecha roja”, “Historia de la Filosofía Latinoamericana- I”, apartado reproducido en el artículo que en 1979 abrió el primer número de “Cuadernos de Filosofía Latinoamericana”. Por la sola enunciación, fácilmente vemos que con Rubio estamos en los saberes de los orígenes de nuestra Facultad y nuestra maestría.

En un discurso anticipatorio de lo que sería aquel inicial Congreso que a la vuelta de siete lustros se convierte para nosotros en retrospectiva no solo de aquel acto primero, sino de toda la trayectoria de los dieciséis congresos que estamos a una semana de completar, Jaime Rubio proponía en aquella lección central interpretar el trabajo filosófico latinoamericano en clave de la articulación entre la hermenéutica filosófica y la teoría crítica de la sociedad. Con Heidegger, Gadamer y sobre todo Ricoeur de fondo, la filosofía latinoamericana la concebía él como una hermenéutica por la vía larga de la cultura popular latinoamericana, según los derroteros trazados entre otros por Kusch y

Scannone. Con el respaldo de los maestros de la sospecha y los pensadores de la Escuela de Frankfurt, comprendía el filosofar latinoamericano como una convergente opción por el pueblo orientada hacia la liberación política y filosófica, siguiendo los trazos de Leopoldo Zea, Enrique Dussel, Guillermo Hoyos y otros pensadores del continente.

El eje diacrónico del proyecto latinoamericanista diseñado por Rubio, concierne a la relación entre historia e ideas en América Latina. Luego de repasar los antecedentes del problema de la “historia de las ideas” con Ortega y Gasset, Gaos, Romero, Roig y Dussel, el autor anuncia que combinará criterios temporales y geográficos en la exposición de la historia filosófica latinoamericana, que en aquel primer tomo incorporó el pensamiento anterior al llamado descubrimiento y la filosofía desarrollada en el continente durante la dominación hispánica. Para quienes lo ignoren, valga aclarar que el segundo tomo, acerca de la filosofía en la época republicana, jamás vio la luz, quizás porque al poco tiempo el profesor Rubio se retiró de la Santo Tomás y se integró de lleno a la Facultad de Filosofía y a la Facultad de Comunicación de la Universidad Javeriana, dejando una huella de la que ya han hablado sus discípulos de aquella institución.

Permaneciendo nosotros en aquellos tiempos primigenios, vale la pena glosar su propuesta latinoamericanista de entonces, en que el anacronismo de la formulación no debe dejarnos sordos a la vigencia del proyecto mismo. Declaraba Rubio en la introducción de su texto sobre la historia filosófica latinoamericana: “Ignorancia, olvido, negación. Nada mejor podría definir el proceso que ha caracterizado a la filosofía latinoamericana”. Y luego de constatar la perplejidad que suscita la pregunta sobre la existencia del filosofar latinoamericano, plantea taxativamente que “no vamos a preguntarnos una vez más por las condiciones de posibilidad de la filosofía latinoamericana”. Preparando la salida histórica que adoptó el “grupo de Bogotá” después de la crisis de 1986, Rubio señala que su propuesta consiste en “asistir a la aparición de la filosofía” antes de la conquista y seguir su desenvolvimiento durante la Colonia, en busca de una “reflexión auténticamente latinoamericana, liberadora” de la que le sirven de ejemplos privilegiados Las Casas y Sor Juana.

Con la sobriedad característica del estilo filosófico de nuestros tiempos, insisto en que hoy no podríamos suscribir este tipo de enunciaciones, pero sin duda el enunciado posee plena vigencia, y por eso hoy proseguimos aquí en el estudio, investigación y difusión del pensamiento filosófico latinoamericano. En diálogo creativo con las

tradiciones críticas del filosofar, el filosofar latinoamericano contribuye al ejercicio del uso público de la razón, tal como lo postuló años después el ya mencionado Guillermo Hoyos Vásquez y lo había ya vislumbrado en su conferencia inaugural Jaime Rubio Angulo. Haciendo propio un texto de Octavio Paz, nuestro filósofo se preguntaba al cierre de aquel texto si América Latina “¿tendrá aquello que hasta ahora no ha tenido: conciencia de sí misma, voluntad, imaginación?”, y se contestaba: “Responder positivamente a esta pregunta [...] es no sólo la tarea de este Congreso, sino lo que le da sentido y lo hace acontecimiento latinoamericano”. El recorrido académico e investigativo de la maestría en estas cuatro décadas a la vuelta de la esquina, representado por las investigaciones cuyos avances compartirán ustedes, nos revelarán hasta qué punto estamos a la altura de dicho legado.